

## CAPÍTULO VII

## PEQUEÑA INDUSTRIA Y PUEBLOS INDUSTRIALES

(CONTINUACIÓN)

*Pequeña industria en Alemania: Discusiones sobre el particular y conclusiones que de ellas se desprenden.—Pequeña industria en Rusia.—Conclusiones.*

**Pequeña industria en Alemania.**

Las varias industrias que han retenido hasta ahora en Alemania los caracteres de industrias pequeñas y domésticas, han sido objeto de muchas minuciosas investigaciones, especialmente de parte de A. M. Thun, y el profesor Issaieff, por cuenta de la Comisión rusa de la pequeña industria, Emanuel Hans Sax, Paul Voigt y muchos otros. En la actualidad, lo escrito sobre el particular representa muchos volúmenes, y son tan sugestivas é interesantes las descripciones tomadas del natural, de regiones é industrias diferentes, que me sentí inclinado á hacer un resumen de ellas; mas como entonces tendría necesidad de repetir mucho de lo tratado en los capítulos precedentes, he creído interesará probablemente más á los lectores en general, el conocer algo

respecto á las conclusiones que pueden desprenderse de las obras de los investigadores alemanes (1).

Desgraciadamente, la discusión sobre tan importante asunto ha tomado con frecuencia en Alemania un carácter apasionado y hasta personalmente agresivo (2). De una parte, los elementos ultraconservadores de la política alemana intentaron, consiguiéndolo hasta cierto punto, hacer de la pequeña industria y de la doméstica, un arma para trabajar por la vuelta á los «antiguos buenos tiempos», llegando hasta votar una ley, cuyo objeto era preparar el terreno para una reintroducción de las anticuadas corporaciones patriarcales y exclusivistas, que pudieran ser colocadas bajo la inmediata intervención y tutela del Estado, creyendo ver en esa ley un arma contra la democracia social.

De la otra, los demócratas socialistas, opuestos con razón á tales medidas, pero inclinados á su vez á considerar las cuestiones económicas bajo un concepto demasiado abstracto, atacaban con encarnizamiento á todos los que no se limitaban á repetir las estereotipadas frases de que «la pequeña industria está en decadencia» y que «mientras más pronto desaparezca tanto mejor, pues debiendo ser seguida de la centralización capitalista, ésta, «según el credo de dicha escuela», pronto consumará su propia ruína (3).»

(1) Las observaciones del profesor Issaieff—verdadero investigador de la pequeña industria en Rusia, Alemania y Francia—serán para mí una guía en esta materia, de un valor excepcional. Véase *Informes de la Comisión encargada del estudio de la pequeña industria en Rusia*: San Petersburgo, 1879-87, vol. I.

(2) Véase el prólogo de K. Buecher á la *Untersuchungen über die Lage des Handwerks in Deutschland*, vol. IV.

(3) El fundamento de esta creencia se halla contenido en uno de los últimos capítulos del *Kapital*, de Marx (el penúltimo), en el

En este desprecio hacia la pequeña industria, claro es que están de acuerdo con los economistas de la escuela ortodoxa, á quienes combaten en casi todo lo demás.

Bajo semejantes condiciones, las polémicas sobre las pequeñas industrias y la doméstica están evidentemente condenadas á no dar ningún resultado: sin embargo, es consolador ver el considerable trabajo de verdadera importancia realizado en Alemania para investigar todo lo concerniente á la pequeña industria; y al lado de esos monógrafos, de los que sólo se desprende que los traba-

que el autor habla de la concentración del capital, en lo cual ve «la fatalidad de una ley natural.» En el «cuarenta», casi todos los socialistas participaban de esta idea, á la que recurrían con frecuencia en sus escritos. Pero Marx era demasiado importante como pensador, para no haberse fijado en el posterior desarrollo de la vida industrial, no previsto en 1848; si hubiera vivido hasta nuestros días, de seguro no habría cerrado los ojos ante el formidable aumento de pequeños capitalistas y fortunas de la clase media, creadas de mil modos á la sombra de los «millonarios» modernos; siendo más que probable que hubiese fijado su atención en la extrema lentitud con que va desapareciendo la pequeña industria; cosa que no podía predecirse hace cuarenta ó cincuenta años, porque nadie se hallaba en condiciones de poder prever en aquella época las facilidades que de entonces acá han alcanzado los transportes, las crecientes variedades en la demanda, y los medios económicos que ahora se emplean para suministrar fuerza motriz en pequeña escala.

Siendo, como era, un pensador, hubiera estudiado estos hechos, y es más que probable hubiese mitigado la rigidez de su primera fórmula, como en verdad hizo una vez refiriéndose á la comunidad rural en Rusia. Mucho sería de desear que sus partidarios confiaran menos en fórmulas abstractas—por muchas ventajas que ofrezcan como bandera de partido en las luchas políticas—é intentaran imitar al maestro en sus análisis de fenómenos económicos concretos.

ADORES de la pequeña industria se hallan en una situación deplorable, sin encontrar en tales escritos nada que pueda explicar qué causa hay para que éstos prefieran su triste condición al trabajo en la fábrica, no faltan, sin embargo, algunos (tales como los de Yhun, Emil Sase y Paul Voigt, sobre los ebanistas de Berlín, etc.), en los que se ve por completo la clase de vida que hacen esos trabajadores, las dificultades que tienen que vencer y las condiciones técnicas de la industria, encontrando en ellos todos los elementos necesarios para poder formar un juicio imparcial en la materia.

Es evidente que algunas pequeñas industrias están ya condenadas á desaparecer; pero hay otras, por el contrario, que se hallan dotadas de una gran vitalidad, y todo indica que cuentan con recursos para existir y aun para desarrollarse más todavía durante muchos años. En la fabricación de esos textiles que se tejen por millones de yardas, y se producen mejor con ayuda de una maquinaria complicada, la competencia entre el telar de mano y el mecánico no es más que un resorte del pasado, que podrá durar algún tiempo, debido á ciertas condiciones locales, pero que, finalmente, tiene que desaparecer.

Y otro tanto puede decirse respecto á muchas ramas de la ferretería, fabricación de quincalla, alfarería, etcétera; pero donde quiera que se necesite la intervención directa del gusto y la inventiva; donde haga falta un cambio frecuente en los dibujos que exija una renovación continua de máquinas y herramientas, á fin de hacer frente á las nuevas necesidades, como ocurre con los textiles de fantasía, aunque se fabriquen para el consumo general; donde quiera que una gran variedad de artículos va unida á la no interrumpida invención de otros nuevos, como pasa en la industria juguetera, en la de instrumentos, relojes, bicicletas y otras; y, final-

mente, donde quiera que el sentimiento artístico del obrero entra por mucho en la producción, como ocurre en una multitud de ramos de pequeños artículos de lujo, hay un ancho campo abierto á la pequeña industria, tanto doméstica como rural, ó de otra clase. En ellas, es indudable que se necesita más aire respirable, más ideas, más concepciones generales; pero donde quiera que el espíritu de iniciativa ha sido despertado de uno ú otro modo, notamos que la pequeña industria toma un nuevo vuelo en Alemania, como, según hemos visto, ha pasado en Francia.

Ahora, en casi toda la pequeña industria alemana, la situación es unánimemente considerada como terrible y miserable, y los muchos admiradores de la centralización, que encontramos en aquel país, siempre se apoyan en ese estado de miseria para predecir y demandar la desaparición de esos «recuerdos del pasado», que la centralización capitalista debe suplantarse en beneficio del trabajador. La verdad es, sin embargo, que cuando comparamos las miserables condiciones de los trabajadores en la pequeña industria, con las de los asalariados de las fábricas en las mismas regiones y las mismas industrias, vemos que tan deplorable situación alcanza por igual á todos. Los últimos viven de jornales que no pasan de 11,25 á 13,75 francos á la semana, teniendo por morada los tugurios de las ciudades en vez del campo; trabajan once horas al día y se hallan sujetos también á la extramiseria, que pesa sobre ellos durante esas crisis que se repiten con tanta frecuencia. Sólo después de haber pasado por toda clase de sufrimientos, luchando contra los patronos, es cuando los operarios de algunas fábricas consiguen, más ó menos aquí y allá, obtener de aquéllos un jornal con que poder vivir; pero esto sólo ocurre en industrias determinadas.

El recibir con los brazos abiertos todos estos dolores, viendo en ellos la acción de una «ley natural» y un paso obligado hacia la *necesaria* concentración de la industria, sería verdaderamente absurdo. Mientras que sostener que el pauperismo de todos los trabajadores y la ruína de toda la industria rural son un paso *necesario* hacia una forma más elevada de organización industrial, sería, no sólo afirmar mucho más de lo que se puede, bajo el presente é imperfecto estado del conocimiento económico, sino demostrar una carencia completa de comprensión del sentido de las leyes, tanto naturales como económicas. Por el contrario, todo el que ha estudiado la cuestión del crecimiento de las grandes industrias, debido á causas naturales, convendrá, indudablemente, con Horold Rogers, quien considera que el sufrimiento impuesto á la clase trabajadora con tal propósito, de ningún modo era *necesario*; no habiendo tenido otra misión que la de satisfacer los intereses temporales de los menos, y no los de la nación entera (1).

Además, todos saben hasta qué punto se apela al trabajo de niños y muchachas aun en las fábricas más en auge, lo que ocurre hasta en este país, que figura en primera línea en el desenvolvimiento industrial. Algunas cifras relativas á este particular presentamos en el anterior capítulo. Y este hecho no es un accidente que pueda removerse con facilidad, como pretende Maurice Block, gran admirador, por de contado, del sistema de fábricas (2).

Los bajos salarios pagados á jóvenes y niños son uno de los elementos que contribuyen á la baratura de

(1) *The Economic Interpretation of History*. (Hay traducción española).

(2) *Les Progres de la Science économique depuis Adam Smith*: Paris, 1890, t. I, págs. 460 y 461.

todos los productos textiles de las fábricas, siendo consecuencia también de la competencia misma de la fábrica con la pequeña industria. Además, he mencionado, al hablar de Francia, cuáles son los efectos de la «concentración» industrial en la vida de aldea; y en la obra de Thun, así como en otras también, se pueden encontrar tristes ejemplos de lo que son los efectos de la acumulación de las jóvenes en las fábricas. El idealizar la moderna fábrica, á fin de deprimir las llamadas formas «medievaes» de la pequeña industria, es, por consiguiente, juzgando lo más benignamente posible, tan irrazonable como idealizar á la última é intentar hacernos retroceder al hilado y tejido doméstico en todas las casas de los agricultores.

Hay un hecho que domina en todas las investigaciones que se han efectuado respecto á las condiciones de la pequeña industria: lo encontramos en Alemania, lo mismo que en Francia ó en Rusia. En un inmenso número de industrias, no es la superioridad de su organización técnica en la fábrica, ni las economías realizadas en la fuerza motriz lo que milita contra la pequeña industria en favor de la grande, sino las más ventajosas condiciones para *vender* los productos y *comprar* la primera materia, de que tan fácilmente pueden disponer los acaudalados industriales. Donde quiera que tal dificultad ha sido vencida, bien sea por medio de la asociación ó á consecuencia de haber podido asegurarse un mercado para la venta del producto, se ha visto siempre: primero, que las condiciones del trabajador ó el artesano han mejorado inmediatamente; y después, que se ha realizado un rápido progreso en el aspecto técnico de cada industria respectiva, introduciéndose nuevos procedimientos para mejorar el producto ó aumentar la rapidez de su fabricación, ya inventándose nuevas herra-

mientas mecánicas, bien apelando á nuevos motores, ó acudiendo á reorganizar la industria con objeto de disminuir el costo de la producción. Por el contrario, en todas partes donde el indefenso y aislado artesano ó trabajador continúa estando á merced del comprador al por mayor, quien siempre, desde los tiempos de Adam Smith, «abierto ó tácitamente» procura por todos los medios rebajar los precios hasta el último límite, lo que ocurre en la gran mayoría de la pequeña y doméstica industria, sus condiciones son tan malas, que sólo el deseo del trabajador de conservar su relativa independencia y el conocimiento de lo que le espera en la fábrica, es lo que le impide ingresar en esta última. Sabiendo que en los más de los casos el establecimiento de la fábrica sería la falta de trabajo para la mayor parte de los hombres, y la entrada en aquélla de las jóvenes y los niños, hacen todo lo posible por impedir aparezca en las poblaciones pequeñas.

Respecto á las combinaciones en los pueblos rurales, como cooperación y otras parecidas, no debe nunca olvidarse con qué rigor los Gobiernos de Alemania, Francia, Rusia y Austria han evitado hasta ahora que los trabajadores, y *en particular los del campo*, pudieran ponerse de acuerdo sobre asuntos de carácter económico. El conservar á los trabajadores rurales en el nivel más bajo posible por medio de impuestos, servidumbre y otras cosas por el estilo, ha sido, y es aún, la política de la mayoría de los Estados continentales.

Sólo desde hace catorce años se ha concedido alguna extensión á los derechos de asociación en Alemania, y aún ahora una asociación puramente cooperativa, dedicada á la venta del trabajo de los artesanos, es al momento considerada como «asociación política» y sometida como tal á las limitaciones usuales, tales como la

exclusión de mujeres y otras parecidas. Un ejemplo notable de esa política, con relación á las asociaciones rurales, lo presenta el profesor Issaieff, quien también menciona las severas medidas tomadas por los compradores al por mayor en la industria juguetera, para impedir que los obreros se pusieran en relación directa con los compradores extranjeros.

Cuando se examina con algo más de una atención superficial la vida de las pequeñas industrias y su lucha por la existencia, se ve que, si sucumben no lo hacen debido á que «se pueda realizar una economía al usar un motor de cien caballos de fuerza en vez de cien motores pequeños», inconveniente del que siempre se hace mención, por más que con facilidad es obviado en Sheffield, en París y otras muchas partes, alquilando talleres con fuerza de vapor; y también, como con tanta razón observó el profesor W. Unwin, utilizando la transmisión de fuerza eléctrica. No perecen porque pueda realizarse una economía substancial en la producción en grande,—en muchos más casos de los que generalmente se cree sucede lo contrario,—sino porque el capitalista que monta una fábrica se emancipa de los comerciantes al por mayor y menor de la primera materia, y especialmente porque se emancipa también de los compradores al por menor y le es posible entenderse directamente con los exportadores y comerciantes que operan en alta escala, ó porque puede concentrar en un mismo negocio los diferentes trabajos de fabricación de un artículo determinado. Las páginas que Schulze-Gawernitz ha dedicado á la organización de la industria algodonera en Inglaterra, y á las dificultades con que tienen que luchar los fabricantes alemanes en tanto que dependan de Liverpool para el algodón en rama, dan mucha luz en esta dirección, y lo que caracteriza á esta industria prevalece igualmente en todas las demás.

Si el cuchillero de Sheffield, que ahora trabaja en su pequeño taller, en uno de los edificios antes mencionados provistos de tornos mecánicos, ingresase en una gran fábrica, la principal ventaja no sería una economía en el costo de la producción, en comparación con la calidad del producto; pues si se tratara de una compañía por acciones, pudiera hasta suceder lo contrario. Y, sin embargo, las utilidades (incluyendo los salarios) serían mucho mayores que el total de lo que antes ganaban los trabajadores, á causa de la economía realizada en las compras de hierro y carbón, y las mayores facilidades para la venta de los productos. Los grandes establecimientos hallarían su superioridad, no en tales factores, como los que resultan impuestos por las necesidades técnicas de la industria en un momento determinado, sino en aquellos que pudieran eliminarse por una organización cooperativa. Todas estas son nociones elementales entre los hombres prácticos; inútil es agregar que, otra de las ventajas que tiene el fabricante es, que le es posible hallar salida, aun para los productos de las clases más inferiores, con tal de que pueda ofrecer para la venta una cantidad importante. Todos los que están familiarizados con el comercio, saben desde luego, que parte tan importante del comercio general, representa la «jerga», lo hecho de trapos viejos, mantas para los indios y otras telas análogas, enviadas á lejanas tierras: hay ciudades enteras—como hace poco vimos—que no producen otra cosa.

En resumen: puede considerarse como uno de los hechos fundamentales de la vida económica de Europa, que el fracaso de varias pequeñas industrias, obradores é industrias domésticas, fue debido á la imposibilidad de poder organizar la *venta* de sus productos, y no á consecuencia de la *producción* misma. Todo lo cual se encuen-

tra en cada página de la historia de la Economía. La falta de medios para organizar la venta, sin verse esclavizados por el comerciante, fue el rasgo distintivo de la ciudad medioeval, que cayó gradualmente bajo el yugo económico de los comerciantes municipales, sencillamente porque no podía mantener la venta de sus manufacturas realizadas por cuenta de toda la comunidad, ni organizar la de un nuevo producto en interés de aquélla. Y cuando el mercado de tales artículos vino á ser Asia de una parte, y el Nuevo Mundo de la otra, esa era fatalmente la situación: aun en estos días, al ver á las sociedades cooperativas empezar á obtener algún éxito en sus talleres de producción, cuando hace veinte años fracasaban en dicho sentido, podemos deducir que la causa de sus anteriores contratiempos no residían en su incapacidad de organizar propia y económicamente la *producción*, sino en la imposibilidad que tenían los obreros de actuar como *vendedores* y exportadores de los productos por ellos fabricados. Sus éxitos actuales, por el contrario, se hallan plenamente justificados por el trabajo combinado de las múltiples sociedades comprendidas en su organización: se ha simplificado la venta, y la producción se ha hecho posible por la previa organización del mercado.

Tales son algunas conclusiones que pueden deducirse del estudio de la pequeña industria, tanto en Alemania como en otras partes; pudiéndose decir, sin temor, respecto á Alemania, que si no se toman medidas encaminadas á arrojar á los agricultores de los campos, en las mismas proporciones que se ha hecho en este país; si, por el contrario, se multiplica el número de los pequeños propietarios del suelo, es indudable que han de recurrir á varias industrias pequeñas, además de la agricultura, como han hecho y continúan haciendo en Fran-

cia. Cada paso que pueda darse, ya sea para despertar la vida intelectual en la aldea, ó para asegurar los derechos del campesino ó del pueblo á la tierra, aumentará necesariamente el crecimiento de las industrias rurales (1).

#### La pequeña industria en otros países.

Si conviniera extender nuestra investigación á otros países, encontraríamos en Suiza un vasto campo para las más interesantes observaciones: allí veríamos la misma vitalidad en una variedad de pequeñas industrias, y podríamos mencionar lo que se ha hecho en los diferentes cantones para mantener la pequeña industria por tres diferentes clases de medios: la extensión de la cooperación, una amplia extensión de la educación técnica en las escuelas y la introducción de nuevas ramas de producciones semiartísticas en diferentes puntos del país, así como el suministro de la principal fuerza motriz á las casas, por medio de transmisiones hidráulicas ó eléctricas de fuerzas engendradas en los saltos de aguas. Una obra separada, del mayor interés y valor, pudiera escribirse sobre este particular, especialmente en lo que se refiere al impulso dado á un número de pequeñas industrias, viejas y nuevas, por medio de una económica distribución de la fuerza motriz.

Bélgica ofrecería también igual interés: es un país donde la industria está centralizada, y en el que la productibilidad del obrero se encuentra en un nivel elevado, siendo el término medio de la facultad productora de cada trabajador industrial—hombres, mujeres y niños—

(1) Véase *Apéndice Q*.

la de la importante cantidad de 5.660 francos por cabeza. Minas de carbón en que trabajan más de 1.000 trabajadores son cosa corriente, y hay un número muy regular de fábricas textiles, en cada una de las cuales hay empleados de 300 á 700 operarios.

Y, sin embargo, si excluimos de la población industrial de Bélgica, que se componía de 384.065 personas en 1880 (423.755 con los dependientes de comercio, viajeros, inspectores, etc.), á cerca de 100.000 trabajadores (94.757) que están empleados en las minas de carbón, encontramos que de los restantes 290.308, casi la mitad, esto es, 132.840 personas trabajan en talleres, en los que no llegan á 50 las empleadas, mientras que 84.500 de estas últimas se hallan repartidas entre 25.959 talleres, lo que da un término medio de tres trabajadores por taller (1). Podemos, pues, decir que—sin contar las minas—más de la cuarta parte de los trabajadores industriales belgas (tres décimas) están distribuidos en pequeños talleres que tienen por término medio menos de tres operarios cada uno, además del maestro (2).

Y todavía es más notable que el número de pequeños talleres, en los que el maestro sólo tiene empleados de uno á tres oficiales, alcanza en las industrias textiles la importante cantidad de 2.293, á pesar de la gran concentración de dichas industrias, siendo un hecho, como ya se hizo notar anteriormente, que fábricas que acostumbraban á dar ocupación á 500 ó 600 tejedores de paño, están paradas, mientras que en las casas se

(1) Aparte de esto, 16.226 talleres ocupan 58.545, habiendo además 5.075 artesanos.

(2) ¿Cuándo tendremos para el Reino Unido un censo tan completo como el de Francia y Bélgica? Esto es, uno en que los trabajadores y los patronos se cuenten separadamente, en vez de englobar al dueño de la fábrica, encargados, ingenieros y trabajadores.

sigue tejiendo dicha tela. Respecto á las industrias de maquinaria y quincallería, los pequeños talleres en donde trabaja el maestro con dos, tres ó cuatro oficiales son muy numerosos, sin mencionar la industria de armas, que es una de las pequeñas *par excellence* (265 talleres con menos de tres operarios), y la de muebles, que ha tomado últimamente un gran desarrollo.

Una industria muy concentrada y una gran productividad, así como un comercio de exportación considerable (225 francos por cabeza de población), todo lo cual da testimonio del elevado desarrollo industrial del país, marcha, sin embargo, paralelamente con un alto desenvolvimiento de la pequeña industria.

En cuanto á Austria, Hungría, Italia y los Estados Unidos, consideramos superfluo decir que allí la pequeña industria ocupa una posición preeminente, representando en el conjunto de la actividad industrial una parte mucho mayor aún que la correspondiente á Francia, Bélgica ó Alemania. Pero en Rusia es donde especialmente podemos apreciar en todo su valor la importancia de la industria rural y los terribles sufrimientos que se harían pasar inútilmente al país si el Estado siguiera la política aconsejada por algunos economistas ultra-reaccionarios de la escuela de la *Moscow Gazette*, y echase su tremendo influjo en favor de la pauperización de los campesinos y un aniquilamiento artificial de la industria rural, á fin de crear una gran industria centralizada.

En Rusia se han hecho muy detenidas investigaciones sobre el estado actual, crecimiento y desarrollo técnico de la industria rural y las dificultades con que lucha: se han realizado visitas domiciliarias, llegando el número de los reconocimientos á 1.000.000 en varias provincias, cuyos resultados ya representan 450 volúmenes,